



LA SABIDURÍA DE DIOS INSPIRA FELICIDAD¹

APRENDIENDO LA SABIDURÍA

(Sir 6,18-37; 3,17-29)

Premisa

Seguimos con nuestra catequesis sobre el libro del Siracides; una catequesis, en este caso, dirigida sobre todo a reflexionar sobre cómo transmitir la fe a las nuevas generaciones; es decir: de generación en generación. Un tema que evidentemente nos toca mucho.

Personalmente considero que la parte más sensible y más importante de esta catequesis es la segunda, por lo tanto recomiendo que la sigan hasta el final o la retomen en un momento posterior.

También tengo que hacer una confesión: sabemos bien que los jóvenes muchas veces no soportan que nosotros, los adultos, nos ponemos en actitud de maestros, diciéndoles lo que tienen o que no tienen que hacer, con el aire de haber entendido todo sobre la vida.

Peor aún, cuando les decimos qué creer y cómo creer.

¡Bueno, creo que ellos tienen razón! Seguramente, no cabe duda de que la experiencia tiene su propio valor y que es sabio atesorar la experiencia de quienes han vivido más que nosotros.

Sin embargo:

1. La sabiduría no es algo que pueda aprenderse como lección escolástica o por obediencia: todos deben "lograrla" con la experiencia; ciertamente, si un joven es inteligente se dejará guiar por los buenos consejos de quienes lo aman. Pero no es suficiente.

2. El hecho de que la fe se transmita por tradición no significa que se pueda creer sólo de oídas: todos deben experimentar un encuentro personal con el Señor Jesucristo resucitado. Al menos en esto tenía razón el buen Santo Tomás (Jn 20,25).

3. A menudo confundimos el contenido de la fe con la forma de vivirla.

S. Agustín en el "*De Trinitate*" (13,2,5) distinguía entre la fides quae y la fides qua: «*Una cosa es lo que se cree, otra es la fe con la que se cree*». La fe en la Trinidad es una cosa, la forma de creerla es otra, muy distinta.

A menudo confundimos las dos, hasta el punto de que no nos basta con transmitir la fe, pero nos gustaría que las nuevas generaciones la siguieran viviendo "como" la vivimos nosotros cuando fuimos jóvenes, hace décadas, en otras partes del mundo y en otras culturas.

¹ Textos de referencia: Arcidiocesi di Milano, *La Sapienza di Dio ispira la felicità*, Ed. In dialogo 2020; Maria Carmela Palmisiano, *Siracide*, Ed. San Paolo 2016

Hasta el punto de que incluso si creen, pero de manera diferente, pensamos que están perdiendo la fe.

Con respecto a esto, creo que tenía razón un cantautor italiano, Fabrizio de André, cuando decía que no es que los jóvenes no tengan valores, sino que todavía no los logramos entender.

4. En cambio, muchas veces se escuchan adultos quejarse: «¡Ay! Los jóvenes de hoy ya no tienen los valores del pasado!» ... a la que Yo siempre respondo, de forma provocadora: «¡Gracias a Dios! Porque si el mundo está así mal, ciertamente no es culpa de los jóvenes de hoy, sino de los valores de aquellos que fueron jóvenes del pasado y se lo han olvidado... O al menos de su manera de haber vivido».

5. Además, a menudo confundimos no solamente la fe con nuestra manera de vivirla, sino también con nuestra mentalidad y nuestras tradiciones: no pocas de las cuales son de origen pagano (y casi se han quedado tales) sólo pintadas de cristianismo.

Hay que admitirlo: nos cuesta darnos cuenta de que, antes que nada, deberíamos purificar nuestra fe, para lograr transmitirla bien a los demás.

6. Por eso es importante tener juntos los dos polos de la instrucción de Ben Sirá: la escucha de la experiencia de los adultos y la humildad, que también - ¡y sobre todo! – precisamente nosotros, los adultos, tenemos que guardar.

I. ESCUCHAR LA PALABRA

Siracides

(6,18-37)

¹⁸Hijo mío, desde la juventud busca la instrucción,
y hasta en la vejez te encontrarás con sabiduría.

¹⁹Acércate a ella como quien ara y siembra,
esperando abundante cosecha;
cultivándola trabajarás un poco,
y mañana comerás sus frutos.

²⁰Al necio le resulta difícil,
y el insensato no puede con ella;

²¹lo oprime como piedra pesada,
y no tarda en sacársela de encima.

²²Porque la instrucción como su nombre lo indica
no se manifiesta a todos.

²³Escucha, hijo mío, mi opinión
y no rechaces mi consejo:

²⁴mete los pies en sus cadenas
y ofrece el cuello a su yugo,

²⁵arrima el hombro para cargar con ella
y no te irrites con sus ataduras;

²⁶con toda el alma acude a ella,
con todas tus fuerzas sigue sus caminos;

²⁷rastréala, búscala y la alcanzarás;
cuando la poseas, ya no la sueltes;

²⁸al fin alcanzarás su descanso,
y se te convertirá en alegría;

- ²⁹sus cadenas serán tu protección;
sus ataduras, traje de gala;
- ³⁰su yugo, joya de oro;
sus correas, cintas de púrpura;
- ³¹como traje de gala la llevarás,
te la colocarás como corona festiva.
- ³²Si quieres, hijo mío, llegarás a sabio;
si te lo propones, llegarás a entender;
- ³³si te gusta escuchar, aprenderás;
si prestas oído, te instruirás.
- ³⁴Asiste a la reunión de los ancianos,
y si hay uno sabio, pégate a él;
- ³⁵procura escuchar toda clase de explicaciones,
no se te escape un proverbio sensato;
- ³⁶observa quién es inteligente, y madruga para visitarlo,
que tus pies desgasten el umbral de su puerta.
- ³⁷Reflexiona sobre el respeto del Altísimo
y medita sin cesar sus mandamientos:
él te dará la inteligencia y según tus deseos te hará sabio.

(3,17-29)

- ¹⁷Hijo mío, en todo lo que hagas actúa con humildad
y te querrán más que al hombre generoso.
- ¹⁸Cuanto más importante seas, más humilde debes ser
y alcanzarás el favor de Dios;
- ²⁰porque es grande la compasión de Dios,
y revela sus secretos a los humildes.
- ²¹No pretendas lo que es demasiado elevado para ti
ni investigues lo que supera tus fuerzas;
- ²²reflexiona sobre lo que te han encomendado,
y no te preocupes por lo que está oculto;
- ²³no te inquietes por lo que te supera,
aunque te enseñen cosas que te desbordan,
- ²⁴¡porque son tan numerosas las opiniones de los hombres,
y sus locas fantasías los extravían!
- ²⁶El terco terminará mal,
quien ama lo bueno, lo conseguirá,
- ²⁷el terco se acarrea desgracias,
el cobarde añade pecado a pecado.
- ²⁵Donde faltan los ojos, falta la luz;
donde falta inteligencia, no hay sabiduría.
- ²⁸No corras a sanar la herida del orgulloso,
porque no tiene sanación, es el brote de una mala planta.
- ²⁹El sabio aprecia las sentencias de los sabios,
el oído atento a la sabiduría se alegrará.

1. El contexto

El propósito de Ben Sirá (y por lo tanto de su libro) es educar en el sentido más fuerte del término; es decir, formar conciencia y fortalecerla.

Ya sabemos que educar es un desafío para padres y educadores de todas las épocas, pero quizás lo sea particularmente en nuestros días.

De hecho, el modelo social y cultural se ha mantenido prácticamente sin cambios durante siglos, si no por algunas sacudidas de vez en cuando. Incluso la transición de la sociedad campesina a la industrial no fue tan radical como la que estamos viviendo ahora.

De hecho, si era inevitable que, hace tiempo, los hijos aprendieran todo de sus padres: idioma, cultura, trabajo, fe ... hoy en día en lo que tiene a que ver con una serie de capacidades (tecnológicas, comunicativas, internet, sociales, lenguas extranjeras ...) no hay duda de que los jóvenes saben mucho más. Incluso uno tiene la impresión de que han nacido ya poseyéndolas.

Así que si hasta hace unas décadas la palabra de padres, maestros, sacerdotes y educadores en general valía más que cualquier otra, hoy la familia, la escuela, la parroquia ... están en crisis.

¿Pero, de verdad sirve algo recriminar y reclamar? ¿No sería más útil preguntarnos por qué está pasando eso y cómo recuperar la credibilidad y el interés de los jóvenes?

¿Y qué nos dice Ben Sirá?

2. El mensaje

¿Qué dice el autor? ¿Qué nos enseña? ¿Cómo lo enseñas?

A. Una invitación cariñosa y respetuosa a aceptar la educación (6,18-22)

La propuesta educativa de Ben Sirá comienza con una invitación cariñosa: el joven incluso puede rechazar nuestra enseñanza, pero nunca debe tener motivos para dudar de nuestro amor.

Y menos aún tener la sensación de que le estamos moviendo un chantaje emocional, del tipo: «*Te quiero sí, pero sólo si me escuchas y haces lo que te digo*».

Así que, según Ben Sirá, hay tres cosas ciertas en el aprendizaje de la sabiduría:

1. Nadie puede ocupar el lugar del otro en su búsqueda de la verdad.

El verdadero sabio sabe que esto solo puede ser un viaje personal y un desafío que nos acompañará a lo largo de toda la vida. De hecho, admite que él mismo ha pasado toda su vida aprendiendo lo que sabe y es consciente de que aún no ha terminado.

2. La sabiduría no consiste en una serie de fórmulas, preceptos o verdades para ser estudiadas de memoria, leyéndolas en un libro. La sabiduría se aprende con la experiencia, por lo que se necesita tiempo, paciencia y nadie puede esperar resultados inmediatos.

3. Además, el educador nunca debe olvidar que los jóvenes encuentran este camino más difícil, precisamente porque aún no pueden contar con una serie de experiencias, conocimientos y reflexiones que ya forman parte del patrimonio de un adulto.

B. El esfuerzo de «la búsqueda de la verdad» debe ser entendido, alentado, motivado (6,23-31)

El buen educador conoce la fatiga de los jóvenes. Entiende que tantas oportunidades lo distraen; entiende que hay propuestas que un este momento le parecen más interesantes. Sabe que su naturaleza es más inconstante.

Por eso nunca se cansa de alentar con benevolencia, sin mentir (ni siquiera mentiras piadosas): «*sin esfuerzo no se consigue nada, pero merece la pena*». Este es su mensaje.

Un buen educador es aquel que sabe motivar la razón por la que vale la pena esforzarse, ofreciendo su testimonio personal.

C. Una educación integral en la que todos somos parte activa (6,32-37)

Por tercera vez escuchamos aquí una invitación a buscar la sabiduría y por tercera vez está llena de amor.

Es también un llamamiento cada vez más orientado a la libertad: no se trata de instruir solamente a la mente, sino a la persona en su totalidad, en todas sus dimensiones.

Y como se trata de un viaje personal, lo que hace el sabio no es dar las respuestas, sino ofrecer un método de investigación / trabajo: **escuchar** (35), **observar** (36), **reflexionar** (37).

Precisamente reflexionando sobre la experiencia (a veces, sobre todo, sobre los errores) se aprende. ¿No hemos hecho todos así?

D. Condiciones esenciales: mansedumbre y humildad (3,17-29)

Sin embargo, hay una condición indispensable para que la búsqueda de la sabiduría dé los resultados deseados: la **humildad**, una virtud (más: una herramienta) necesaria para avanzar; y por ello siempre hay que vivirla en primera persona, antes que enseñarla.

Los que no son humildes piensan que ya han llegado a saber todo y por eso no buscan más. Se atrofian en su ignorancia.

El sabio, al contrario, sabe que siempre tiene que aprender y un verdadero educador no termina de aprender también de sus discípulos.

Sócrates decía: «*el sabio es él que sabe que no sabe*»

Y **Jesús**: «*Vengan a mí, los que están cansados y agobiados, y yo los aliviaré. Carguen con mi yugo y aprendan de mí, que soy tolerante y humilde de corazón, y encontrarán descanso para su vida. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera*» (Mt 11,28-30).

H. Jesús: el maestro que educa para la libertad

A veces, la gente percibe la sabiduría (es decir, el conocimiento al menos parcial de la verdad) y la libertad como alternativas: «*si eres sabio no puedes hacer todo lo que te gustaría, si está mal*».

Incluso, no es infrecuente que las personas sabias también sean aburridas. Pero quizás deberíamos preguntarnos lo contrario: *¿Son realmente sabias las personas aburridas?*

Jesús tiene una opinión completamente diferente: para él solo la verdad nos hace verdaderamente libres:

«A los judíos que habían creído en él Jesús les dijo: “Si se mantienen fieles a mi palabra, serán realmente discípulos míos, conocerán la verdad y la verdad los hará libres”» (Jn 8,31-32).

Y no solamente esto, sino que incluso nos invita a razonar con nuestra propia cabeza, sabiendo muy bien cómo la pereza y la cobardía a veces nos hacen preferir una obediencia ciega.

Por esto, los tonos que usó fueron incluso desafiantes:

«A la multitud Jesús le dijo: “¡Hipócritas! Saben interpretar el aspecto de la tierra y el cielo, ¿cómo pues no saben interpretar el momento presente? ¿Por qué no juzgan ustedes mismos lo que es justo?» (Lc 12,56-57)

II. MEDITACIÓN

1. Dios

El verdadero gran educador sabio, amoroso y paciente es Dios mismo.

En el año 1987, el Cardenal Martini nos escribió una carta pastoral titulada: «*Dios educa a su pueblo*». ¿Es esta la imagen que tengo de Dios?

Volvamos a leer el texto del **profeta Oseas** (11,1-4.8-9):

¹Cuando Israel era niño, lo amé,
y desde Egipto llamé a mi hijo.

²Cuanto más los llamaba,
más se alejaban de mí:
ofrecían sacrificios a los Baales
y quemaban ofrendas a los ídolos.

³Yo enseñé a andar a Efraín
y lo llevé en mis brazos,
y ellos sin darse cuenta
de que yo los cuidaba.

⁴Con correas de amor los atraía,
con cuerdas de cariño.
Fui para ellos como quien alza
una criatura a las mejillas;
me inclinaba y les daba de comer

⁸ ¿Cómo podré dejarte, Efraín;
entregarte a ti, Israel?
¿Cómo dejarte como a Admá;
tratarte como a Seboín?
Me da un vuelco el corazón,
se me conmueven las entrañas.

⁹ No ejecutaré mi condena,
no volveré a destruir a Efraín;
que soy Dios y no hombre,
el Santo en medio de ti
y no enemigo destructor.

2. La vida mía y del mundo

Recordando la «*búsqueda de la verdad*» en mi historia personal:

- ¿A qué educadores recuerdo? ¿Y cómo los recuerdo?
- ¿Cuáles fueron las experiencias positivas y negativas que me ayudaron a crecer?
- ¿A que punto he llegado? ¿Sigo buscando?
- ¿Me siento responsable de la trayectoria investigadora de mis hermanas y hermanos, especialmente los más jóvenes?
- ¿Me coloco en una actitud de escucha para aprender de ellos también?